

6 ENERO

LA CINTA MÁGICA
DE LA OBEDIENCIA



“

Métete entre esos jóvenes y actúa.

Me pareció encontrarme en una extensa llanura cubierta por un número incontable de jóvenes. Unos reñían, otros blasfemaban. Aquí se robaba, allí se faltaba a la modestia. Una nube de piedras, lanzadas por bandos que se hacían la guerra, volaba por los aires. Eran muchachos abandonados por sus padres y de costumbres corrompidas. Estaba ya a punto de irme de allí, cuando vi a mi lado una Señora que me dijo:

- Métete entre esos jóvenes y actúa.

Me metí, pero ¿qué hacer? No había sitio donde colocar a ninguno; quería hacerles el bien: me dirigía a personas que estaban mirando desde lejos y que habían podido ayudarme mucho, pero nadie me hacía caso y ninguno me ayudaba. Me volví entonces a aquella Señora, la cual me dijo:

- Aquí tienes un sitio; y me señaló un prado.
- Pero aquí, dije yo, no hay más que un prado.

Ella respondió:

- Mi Hijo y los Apóstoles no tenían un palmo de tierra donde apoyar la cabeza.

Empecé a trabajar en aquel prado, aconsejaba, predicaba, confesaba; pero veía que mi esfuerzo resultaba inútil para la mayoría, si no se encontraba un sitio cercado y con locales donde recogerlos y donde albergar a algunos totalmente abandonados por sus padres, desechados y despreciados por todo el mundo.

Entonces aquella Señora me llevó un poco más hacia allá, hacia el norte, y me dijo:

- ¡Mira!

Y vi una iglesia pequeña y baja, un patio chiquito y muchos jóvenes. Reemprendí mi labor. Pero, resultando ya estrecha esa iglesia, recurrí de nuevo a Ella, y me mostró otra iglesia bastante más grande y con una casa al lado. Me llevó después un poco más allá, hasta un trozo de terreno cultivado, casi frente a la fachada de la segunda iglesia. Y añadió:

- En este lugar, donde los gloriosos mártires de Turin Adventor y Octavio sufrieron su martirio, sobre esta tierra bañada y santificada con su sangre, quiero que Dios sea honrado de modo especialísimo.

Y así diciendo, adelantó un pie hasta ponerlo en el punto exacto donde tuvo lugar el martirio. Y me lo indicó con precisión. Quería yo poner una señal para encontrarlo cuando volviese por allí, pero no encontré nada: ni un palito, ni una piedra: con todo, lo fijé en la memoria con toda exactitud.

Corresponde exactamente al ángulo interior de la capilla de los Santos Mártires, antes llamada de Santa Ana, del lado del Evangelio de la iglesia de María Auxiliadora.

Mientras tanto, yo me veía rodeado de un número inmenso, siempre en aumento, de jóvenes; y mirando a la Señora, crecían los medios y el local; y vi, después, una grandísima iglesia, precisamente en el lugar en donde me había hecho ver que acaeció el martirio de los Santos de la legión Tebea, con muchos edificios alrededor y con un hermoso monumento en el medio.

Mientras sucedía todo esto, siempre soñando, tenía como colaboradores sacerdotes que me ayudaban en un principio, pero que después huían. Buscaba con grandes trabajos atraérmelos, y ellos se iban poco después y me dejaban solo. Entonces me volví de nuevo a aquella Señora, la cual me dijo:

- ¿Quieres saber cómo hacer para que no se te vayan más?
Toma esta cinta y átasela a su cabeza.

Tomé con reverencia la cinta blanca de su mano y vi que sobre ella estaba escrita una palabra: obediencia. Ensayé enseguida lo que la Señora me indicó y comencé a ceñir la cabeza de algunos de mis colaboradores voluntarios con la cinta y pronto vi un cambio grande y en verdad sorprendente. Este cambio se hacía cada vez más patente, según iba cumpliendo el consejo que se me había dado, ya que aquellos dieron de lado el deseo de irse a otra parte y se quedaron, al fin, conmigo. Así se constituyó la Sociedad Salesiana.



Una de las elecciones más famosas en la vida de Don Bosco surge de aquel diálogo con la Marquesa Barolo que recoge en las Memorias del Oratorio: "Dejar la obra de los muchachos o la del Refugio. Piénselo y usted ya me responderá". La respuesta del santo fue clara: "Usted tiene dinero y encontrará fácilmente cuantos sacerdotes quiera para sus instituciones. No ocurre lo mismo con los chicos pobres".

Esta elección supondrá un antes y un después en la vida del Oratorio. En medio de tales acontecimientos, donde los fundamentos físicos de su oratorio tambaleaban, este singular sueño parecía reafirmar la convicción de Don Bosco a seguir con su proyecto costase lo que le costase. Fue contado a don Barberis y don Lemoyne el 2 de febrero de 1875.

Ante la inminente expulsión del Refugio, el sueño indica el lugar y el desarrollo de su futuro oratorio, pero además destaca el modo para que los jóvenes se queden con él: la obediencia. La obediencia fue siempre para Don Bosco una virtud especial. Para él, la obediencia no era simplemente un mandato a seguir, sino una virtud profundamente arraigada en su vida desde sus primeros días. Así lo había vivido en su casa con su madre Margarita, así la había practica con don Calosso y sobre todo con don Cafasso, y esa era la actitud con la que se disponía siempre ante el Papa.

Este es uno de los requisitos educativos que exige siempre a los superiores, tanto en los asuntos agradables y desagradables, que suponía una confianza plena en aquellos a los que confiaban su alma y su educación. Don Bosco consideraba la obediencia como un pilar esencial en la senda hacia la santidad: "Donde reina una humilde obediencia, allí triunfa la gracia".

La historia de Don Bosco está marcada por su fidelidad a este principio, demostrando que la obediencia no solo era un deber impuesto o una actitud infantil, sino una llave que abría las puertas hacia la realización de su obra y su camino espiritual.